

### Las dos morenas

El barón de X... adora á su esposa, lo cual no es un impedimento para que á veces se le antoje la mujer del prójimo, y con más frecuencia las mujeres que no son de nadie, á fin de mostrarse generoso con todas.

En la estación de otoño es cuando esos sus amores son mayormente placenteros. Durante el invierno, en París, la Baronesa le tiene estrechamente aprisionado, y el estío, en la posesión campestre, á orillas del Orne, no hay pretexto para vagabundear; pero, llegado el otoño, la caza, los almuerzos en compañía de hombres solos, los convites de aquí y allá, no pueden excusarse.

Ese es el momento favorable, y el Barón no le desperdicia.

Le creen en la Beocia, ocupado en la caza de montería, la caza verdaderamente seria; pero lo cierto es que donde caza es en París, no en la llanura ni en el bosque, sino en el domicilio privado.

Su última pieza es de ese nuevo género de montería, Leónida X..., es una morenita muy linda y hartó conocida, que pertenece á lo más *selecto* del medio tono. Días pasados se le antojó ir á comer á la fonda, en compañía suya. Al pronto, él vaciló en acceder á ese capricho; pero, bien considerado, ¿quién podría verle? Pasará vivamente de un tres por ciento discreto á un gabinete particular más discreto todavía. Sería menester que mediara alguna sospecha, y que espieran sus pasos para descubrirle; pero la Baronesa se halla en el Orne, á muchos kilómetros de distancia. Hechas estas reflexiones y consentido en dar gusto á Leónida, muy luégo se pára su carruaje en la calle de Laffite, delante de la Casa Dorada.

Al llegar al primer tramo de la escalera,

el maestresala de la fonda, Verdier, los invita á subir.

— Es inútil — dijo Leónida — queremos comer en el piso bajo, en el gran salón.

— ¡En el gran salón! — repite estupefacto el barón de X... — ¿Y piensas en eso, querida mía?

— ¿Y por qué no?

— Es que...

— ¿Tiene usted miedo de que le vean en mi compañía?... En tal caso, amigo mío, para avergonzarse de mi persona, no debía haberme hecho salir de casa.

— Yo no me avergüenzo... ¿Cómo puedes suponer? Pero...

— ¿Recuerda usted que es casado?

— ¡Ah!

— ¡Pues bien! á mí me gusta comprometer á los hombres casados; esto los liga á mi persona. Una vez comprometidos, ya no se atreven á abandonarme... Vea usted; es una prueba de amor la que le doy... En el gran salón... ó cada cual por su lado... para siempre.

Si una damisela ordinaria, sin gran renombre, le hubiese impuesto de esa suerte

condiciones perentorias, el Barón se habría sublevado. Pero Leónida era la amiga de los socios de los casinos más influyentes, era la preferida de todos los literatos más en boga. Cuando cualquiera de ellos quiere rejuvenecer una anécdota vieja, ó hacer revivir una frase que ya pasó, á ella es á quien acuden de preferencia. Hé aquí cómo uno de esos literatos daba cuenta de algunos de sus rasgos: «¡Siempre Leónida! Es en verdad inagotable en sus agudezas. Decía ayer en la Opera el conde de B..., que es aún soltero:

» — ¡Oh! ¡yo adoro los hijos pequeñuelos... de los otros, se entiende!

» — ¡Pues bien! cásese usted — replicó Leónida.

» — Dias pasados se hallaba en el teatro del Vaudeville con una de sus amigas, y ésta le interrogó acerca de una joya de nueva procedencia con que había aparecido la víspera.

» — Es el premio de mi deshonra — contestó Leónida.

» — ¿Y esa otra alhaja?

» — ¡Ah! esta es la medalla de *accesit*.»

El Barón no podía pensar en tratar ligeramente á una mujer á quien no sólo se le atribuía ingenio y discreción, sino que se le aplicaba también el que mostraban los otros. Tenía además otro motivo para usar de contemplación. Aun cuando hacía veinticuatro horas que había redoblado con ardiente brío su galantería, ella seguía defendiéndose contra todo lo verosímil imaginable, y sabido es que el amor que espera es más acomodaticio, más deseoso de agradar que el amor satisfecho.

Entraron, pues, en el salón del piso bajo, el mayor, el del medio; pero, como el maestresala conocía bien á sus parroquianos, y había adivinado los escrúpulos del Barón, colocó á la pareja en una mesa aislada, arriada contra la pared opuesta á las ventanas.

Comieron sin que ocurriese el menor incidente. Leónida hizo gala de sus agudezas, viejas como nuevas, y el Barón las retuvo bien en la memoria, para decirlas á su esposa cuando volviera á la quinta del Orne. En todas circunstancias no dejaba de pensar en ella; en el fondo, bien en el fondo, era un buen marido.

Sólo allá á los postres, el mozalbete V..., quien tenía por costumbre pasar inspección á todas las fondas de moda antes de visitar los teatros, los divisó y se acercó á saludarlos... El tal jovenzuelo conoce á todo París, y todo París le conoce á él como un calavera, como un ente fastidioso por sus salidas de tono. Llámánle *el Entremetido*, porque con todos se roza y se mete, altos como bajos.... Así, con sus maneras familiares, y que nada le arredra, después de haberles dado la mano de salutación, les dijo:

— ¡Hola! ¿están ustedes juntos ahora?

Leónida rechazó la suposición; el Barón no era para ella sino un amigo, un compañero.

— ¡Ya! ¡ya! ¡eso por sabido! Compañero de cuarto—dijo el joven V..., riendo y haciendo su saludo de despedida.

¿Dónde terminó la entrevista de aquella noche? No existe dato positivo ninguno respecto á este particular. Algunos historiadores sospechan que Leónida se mostró reconocida por un sacrificio como el que le había hecho un hombre casado tan reservado de ordinario en su conducta... exterior, y de

reputación tan cabal. Lo que da margen á esa sospecha es que, por una parte, recibió ella el día siguiente una lindísima joya, un nuevo *accessit*, y, por otra parte, á eso de las seis de la tarde, se disponía el Barón á partir de caza, pero caza verdadera en el campo. Sólo el amante dichoso se pone así tan presto en viaje; el amante despedido se queda en el sitio, aguardando hora más propicia.

Esto ocurría en el bulevar de Malesherbes, en el domicilio conyugal deshabitado desde principios del verano, y que en ese momento ocupaba solo el Barón, consultando el *Indicador de los ferrocarriles* y cerrando el candado de su maleta, cuando de repente resonó un campanillazo en el gran silencio de la habitación desierta.

¿Quién podía llamar así? Excepto Leónida, todo el mundo ignoraba su presencia en París. ¿Era acaso ella, que venía á devolverle su *accessit* y pedirle un premio, el primer premio de honor?

Llamaron de nuevo, y el Barón se resignó á abrir él mismo en persona: para disfrutar de amplia libertad durante sus excursiones

á París, no llevaba nunca á su servicio ningun criado.

Abrió: era su mujer.

— ¡Ah! ¡Qué dicha! ¡Te encuentro aquí! exclamó ella, saltando á abrazarle.

Y mientras le abrazaba, continuó:

— Allí en el Orne me aburría... Sí, me aburría haciendo simplezas... ¿Y sabes cuál es la que me ocurrió como más divertida? El tomar el ferrocarril y venir á encontrarte.

— ¡Admirable idea! ¡deliciosa ocurrencia! — dijo entre dientes el esposo, cuando pudo desembarazarse de las apretadas caricias de la Baronesa. — Pero, ¿cómo has sabido que yo me hallaba aquí?

— Tu última carta me lo hizo sospechar... Acabas de pasar dos días en la Turena, y mañana estarás cazando en el Oise... Para esto, preciso era que atravesaras por París, y yo calculé: «Hoy le encontraré á eso de las seis...» Ya ves, no me había equivocado.

— En efecto, fué buen cálculo... Ahora acabo de llegar, y me estaba disponiendo á partir de nuevo. Mira mi maleta. Estaba cerrándola cuando has llamado.

— Ea, vuélvela á abrir.

— ¡A abrir! ¿Qué dices?

— Sin duda, no partirás hasta mañana. Ya comprendes que no he andado 192 kilómetros por el solo placer de decirte: «¡Buenos días!... ¡adiós! Pasaré la noche contigo, esto me confortará... Esta pequeña escapatoria me dará bríos para aguardar hasta el fin de tus cacerías... Pero desfallezco de hambre; llévame á comer.

— Con mucho gusto — dijo el Barón.

No era por cierto con gran entusiasmo con el que él acogía la sorpresa que le procuraba su mujer. Después de los tres días que acababa de pasar en París, sobre todo el tercero, su fantasía le convidaba con respirar el aire en pleno, el andar, cazar para reponerse, adquirir bríos, disipar cierta pesadez de cabeza. La Baronesa caía sobre él muy mal á propósito, y tanto más cuanto llegaba con harta abundancia de caricias, de efusiones del corazón que nunca concluían, ahorros de sentimiento economizados durante una semana, que ella parecía dispuesta á gastar regiamente, sin llevar cuenta.

Sin embargo, él no podía menos de contemplarla, dejándose llevar de su admiración hacia aquella belleza más florida, más esplendente que nunca. Seis meses en el campo y su medio-viudez desde que comenzó la caza, habían reposádola de las fatigas de la corte, habían dado á su fisonomía un matiz más claro, más luz á los ojos, más carmín á los labios. Brillaban ciertamente su frescura y juventud, tanto, que el Barón, á causa de la languidez y fatiga que le predisponían al arrepentimiento, se preguntaba á sí mismo cómo había podido engañar á aquella criatura tan perfecta.

De repente su culpa le pareció más comprensible, más excusable; la Baronesa tenía una semejanza ficticia con Leónida, aparente, es cierto; pero hay casos en que la apariencia basta. Las dos eran morenas, de igual talle elegante y flexible; la parte inferior del rostro, la que se entrevé cuando se le cubre con un medio velo, boca y barba parecían dibujadas sobre un mismo modelo. En cuanto á lo demás, no podía establecerse comparación alguna, y ésta, es decir,

la legítima, era con mucho superior á la ilegal. Con todo, esta semisemblanza, ó más bien tercio de ella, bastaba para calmar los remordimientos del Barón: sólo había sido infiel por dos terceras partes.

El estudio admirativo que acababa de hacer, esas comparaciones que resultaban en ventaja de la Baronesa, realzaban su brío abatido, le daban nuevo vigor. Calculaba que, después de una buena comida, podría encontrarse tan bien dispuesto, tan lozano, como lo estaba el día anterior, á la misma hora, con respecto á Leónida.

Dejaron, pues, en breve la casa, y subieron en el carruaje que había conducido allí á la señora de X... desde la estación del bulevar de Malesherbes.

— A la fonda de Durand — dijo el Barón al cochero.

— ¡No! ¡no! ¡A la Casa-Dorada! — prorrumpió al propio instante la joven esposa. Y volviéndose hacia él, añadió: — Allí comimos una vez poco tiempo después de nuestra boda, y desde entonces siempre me ha sonreído la idea de volver otra vez.

Obedeció el cochero y dió un latigazo á

sus caballos, dirigiendo hacia la calle de Laffite.

El Barón no se sentía muy bien á su sabor. Le punzaba el pudor sublevado, porque, créase ó no, había ciertamente un pudor en él. Comer con su esposa en la misma fonda que el día anterior comió con Leónida, esto le repugnaba. ¿Y qué hacer sin embargo? ¿Qué razón dar para evitar la Casa-Dorada? ¿Decir que allí se come muy mal? ¿Desacreditar al bueno de Verdier? ¡Oh! ¡Imposible! El mismo hacía últimamente el elogio de aquella cocina á la Baronesa, cuya memoria es excelente y un nada despierta sus celos.

Se resigna, pues, y... llegan á la fonda. Dos mozos listos acuden á abrir la portezuela.

— ¿Hay todavía algun gabinete? — pregunta el Barón.

— ¡Cómo un gabinete! — exclama su mujer. — No quiero. Somos casados... ¿Por qué encerrarnos como culpables? Comamos en la sala común. Es más honrado y divertido.

— Pero, querida mía...

— ¡Calle! ¿te avergüenzas acaso de que te vean conmigo? ¿te afrenta tu mujer? ¿no soy bastante bonita para que me presentes en público?

— ¡Sí, sí! eres bellísima; pero es justamente por eso. Te mirarán demasiado.

— ¡Tanto mejor! tiempo hace que nadie me mira... Allá en el Orne no miran á las mujeres... Aquí produciré cierto efecto... ¡Ea, ea! ¡ven!

— Pero tú hablabas de una comida de recuerdos.

— Precisamente. La comida de entonces tuvo lugar en el gran salón... ¡No te acuerdas, ingrato!

Todavía se muestra él vacilante; pero ella, resuelta, pasa por delante de él y le obliga á seguirla; atravesando la primera pieza, á mano izquierda, abajo de la escalera, entra en el salón del medio, distingue una mesa vacía y la toma.

Es la misma que la de la víspera, al lado de la pared, en el rincón.

Siéntanse. El Barón tiembla. ¡Ay! Si á Verdier se le antoja preguntarle: «¿Quiere usted del mismo vino que ayer, señor Barón?»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1825 MONTERREY, MEXICO

¡Oh, no! El maestresala es harto parisiense para cometer semejante imprudencia... Pero ¡el sumiller, los mozos! Justamente, allá en el fondo hay uno que le observa... ¡Cielos! ¡Le reconoce! Es el mismo á quien dijo ayer: «Me ha dado usted unos cigarros que son detestables. Son de la fábrica de Bremen y no de la Habana.» ¡Si á ese hombre le ocurriese vengarse con alguna palabra que pusiera en alerta á la Baronesa!

¡No!... Ha puesto silenciosamente los cubiertos, su porte es digno, muy digno, cabal... ¡Corazón excelente! Sus cigarros no son vengativos... Ahora ya podrá despachar su mercancía averiada. Al Barón le parecerá exquisita.

Se acerca el maestresala, y toma las órdenes de la señora de X... Encarga una de esas comidas de mujer honrada, cansada de los guisos desabridos de su cocinera, y cuyo paladar pide por casualidad algún necesario excitante: sopa de cangrejos, venado, trufas en servilleta, ensalada de langosta, vino de Clos-Vougeot. — Leónida, por otros motivos quizá, había ordenado una comida

igual, y el maestresala recibe iguales órdenes sin pestañear. ¡Qué delicadeza!... También es verdad que puede ser que no se acuerde; ¡ha visto tanto parecido!

Pero el dueño principal se acuerda, y acércase diciendo, después de su saludo de etiqueta:

— ¿Es que el señor Barón se halla ya de hecho en París?

— No; sólo de paso con mi señora— se apresura á responder el Barón.—Hoy hemos llegado y volvemos á partir mañana.

El amo se aleja impasible. El Barón hará que le den una cruz. Bien merece que él se encargue de ello.

Todo peligro ha desaparecido.

Sirven la comida; y como la sopa de cangrejos está bastantemente sazónada, y como la langosta es positivamente de mar, y como el Clos-Vougeot es espirituoso, y como la joven esposa, enternecida por sus recuerdos mezclados de esperanzas, muestra sus párpados húmedos y sus labios palpitantes, el buen Barón olvida sus remordimientos, sus temores, su pudor vergonzante, todo lo que le molestaba. Decididamente ha recobrado su



gallardía. La bella Leónida, al embelesar el pasado, no ha comprometido el porvenir.

A los postres, su beatitud ha llegado á su colmo. Nunca le ha ocurrido hallarse tan rozagante de cuerpo y de espíritu. Hasta su propia vanidad le hace cosquillas agradables, pues en el otro extremo, en la mesa de los fuertes banqueros, los dos hermanos Besanzón, que ambos son tan peritos en mujeres como en pólizas de Bolsa, le miran con envidia después de haber ojeado á su compañera, y parece como que dice: «¡Y qué gangas encuentra el tal Barón!»

Ahora que la señora de X... ha concluido de comer, y hasta ha saboreado con verdadera unción su copita de Curaçao seco, quisiera irse de la fonda. A su parecer, es inútil eternizarse en la mesa; la velada puede continuarse en otra parte más agradablemente. Además, las ojeadas de los banqueros que en un principio la habían divertido, comienzan á ser harto indiscretas. Por eso ha bajado ella su velo, y púestose los guantes. Está dispuesta á partir.

Pero él le ruega que le deje concluir su cigarro, y ella se lo concede. Vuelve la

espalda á la sala, se rodea de una nube de humo blanco, y recostado en su silla, con lánguidos ojos, se abandona á su vaga fantasía.

Y de tal modo se abandona y pierde en ella que no ve acercarse á V..., el fastidioso de la víspera, el llamado *Entremetido*, que le habló cuando se hallaba en compañía de Leónida, y que en aquel momento verificaba su paseo habitual por las fondas de París.

El mozalbete se llega á él, le toca en el hombro, saluda ligeramente á la Baronesa, á quien teniendo el velo echado, toma por Leónida, y con semblante risueño, todo rozagante, deja escapar estas palabras:

— ¡Dos días seguidos juntos á la misma mesa! ¡Día de tornaboda, eh!... Cuando yo se lo decía... ¡Lazo de caza, verdadero lazo!

La señora de X... alzó bruscamente su velo, mientras su marido se esforzaba en interrumpir, toser y hacer señas. V... se apercebe de la indiscreción necia que acaba de cometer, y quiere disculparse, pero todo lo echa más á perder. Y sus disculpas, sus explicaciones, junto con la cólera y turbación del Barón, no dejan duda alguna á su mujer.

Desconsolada, furiosa, se volvió al Orne por el tren de la noche, á pesar de sus proyectos, de sus excelentes disposiciones, á pesar del vinillo espirituoso de Clos-Vougeot, á pesar de todo. Hasta se asegura que quiere pleitear, pidiendo separación matrimonial, con gran desesperación del esposo que la ama apasionadamente, exclusivamente desde que le muestra tanto rigor.

Por supuesto que Leónida conoce la aventura. Ríe con todos sus lindos dientes al descubierto, diciendo:

— ¡Bien hecho! me alegro... ¿Por qué me engañaba?

---

### Los clavos de teatro.

El teatro, adormecido todo este verano y la mayor parte del otoño, acaba de despertarse, y su despertar ha sido feliz. Éxito completo en toda la línea de los boulevares: en el Vaudeville, en Novedades, en el Gimnasio, en el Ambigú. ¿Y por qué? Porque en cada una de las piezas estrenadas se presenta un *clavo*, y clavo excelente.

Llámase clavo, en estilo francés de teatro, la cosa ó persona destinada á producir sensación, á causar interés, á provocar la atención, á embelesar, ofuscar ó aterrorizar. Los ingleses llaman á esto *attraction*. Nosotros